

## El desarraigo de Arturo Despouey. Genio y figura<sup>22</sup>

A primera vista puede parecer un mosquetero o un *play boy*. Los sísmógrafos vibran cuando se acerca, es catastrófico, pero detrás del viajero internacional de más de cincuenta años que proclama la fe en el amor cada cinco minutos, a viva voz, con la mano enorme sobre el corazón, se descubre algo así como un gigantesco caballero romántico, despojado de plumas, espada y zapatos con hebilla, bruscamente arrojado al siglo veinte; de los salones con espejos al vértigo de la civilización contemporánea. Personajes así, por estas costas ya no quedan; quienes no emigraron, como lo hizo Despouey, han muerto.

Despouey vuelve a Montevideo en viaje de vacaciones, y muchos se le acercan en busca de su sombra protectora; vine a romper mis cochinas amistades –dice– pero todo el mundo me escucha tan campante; nadie toma en serio ninguno de mis agravios. Durante el diálogo reniega de la paternidad de toda una generación de críticos uruguayos que invocan su nombre, aunque el estilo de Despouey, a la vista está, se reconoce en muchos de esos críticos, impregnados de su sentido de cáustica ironía. Así, por ejemplo, cuando define a las stars norteamericanas, frunce la boca y cierra los párpados, Deborah Kerr, Liz Taylor, unas cursis: la sirena canta y se peina en la otra orilla, pero no bien uno cruza el río, descubre que peina una peluca.



### El uruguayo miedo a la vida

Toda la vida de Despouey, según su testimonio, ha sido un combate contra el miedo. Un combate largo; desde que debutó como escribiente de una comisaría de Reducto a los dieciséis años, hasta ahora, convertido en editor de la edición española de *El Correo de la Unesco*, muchos años han pasado y sin embargo hace apenas tres o cuatro que ha madurado, porque según él, los uruguayos somos tardíos para madurar; la mayor parte de los uruguayos no maduran nunca. Empezó a perder el miedo entonces, en la comisaría; venía cada tipo con un cuchillo ensangrentado colgando de la mano y la mujer achurada, a prestar declaraciones: el primer impacto. Después, durante dos años, se dedicó a ponerles escarapelas a las vacas en

<sup>22</sup>. René Arturo Despouey (1909-1982). Aunque se inició como crítico teatral se destacó por ser uno de los pioneros de la crítica cinematográfica en Uruguay, maestro de Homero Alsina Thevenet, Hugo Rocha y Hugo Alfaro. Fundador de la revista *Cine Radio Actualidad* en 1936, se incorporó más tarde al semanario *Marcha*. En 1942 viajó a Londres e ingresó en la sección española de la BBC como libretista y locutor y más tarde como corresponsal de guerra. Posteriormente fue director de la edición en español de *El Correo de la Unesco*. Sus condiciones histriónicas y su figura de *dandy* lo convirtieron en un personaje inolvidable del medio cultural uruguayo. (Nota del editor)

la Federación Rural y terminó siendo, no sabe muy bien cómo, crítico cinematográfico de *Marcha*. De ahí en adelante, una beca para estudiar teatro y literatura en Cambridge, adora Cambridge, Oxford no, Oxford es seca y adusta, y empieza a colaborar en la BBC de Londres. Desde Londres trabaja también para la NBC de Nueva York, como corresponsal de guerra. Transmitía historias sobre la guerra, todas bajo el signo de amor; la tensión vital empuja al hombre al erotismo cuando se encuentra en contacto con la muerte. En fin; un año de aislamiento en Inglaterra me había cambiado fundamentalmente. Descubrí que lo que yo creí que era miedo a la muerte y a la violencia física, no era más que el uruguayo miedo a la vida.

Experiencias no faltaron. Ya en el viaje de ida a Liverpool, una tercera parte de los barcos del convoy fueron hundidos por la aviación alemana, cerca de las costas de África. Más tarde, como corresponsal de guerra, Despouey entra junto al ejército aliado, por primera vez, en los campos de concentración. Allí le aguarda el siniestro espectáculo de las pantallas y tapas de libros con piel humana. Durante un largo período, después de ese desgarramiento, no puede entrar a ningún cine o sala de conciertos; la música, el arte, le parecen una falsificación. Aún hoy opina Despouey que la música es por lo menos sospechosa y que el cine y la TV pueden convertirse en opios peligrosísimos. Luego viene la llamada liberación de París. A la entrada del ejército norteamericano en la capital francesa, asistí al caos. Vi un París que parecía a punto para desintegrarse definitivamente, pero en el Uruguay los hombres somos inocentes y yo juzgaba aquello según el cartabón habitual. Para nosotros, París ha sido la cuna de todas las cosas, algo así como la madre patria; nada más equivocado; los franceses son duros, secos, solo cuando uno los acepta como son, los menos latinos de todos los latinos, puede comunicarse con ellos. Solo entonces es posible llegar al cogollo.

### **Ni olor, ni color, ni sabor**

La vida de Despouey discurre entre Londres, Nueva York y París, alternando sus estadías más o menos largas en las tres ciudades, con otros viajes por Europa. Hace dos años estuvo en el Uruguay, una visita fugaz, y entonces, como ahora, descubrió que muchos de sus amigos de la infancia y de la adolescencia, hace tantos años, no le hacen siquiera una visita: temen encontrarme rodeado de una turbamulta, suponen que soy un personaje internacional: mentira. Solo me viene a ver amigos uruguayos que yo conocí en EE. UU. o en Europa pero maldita la gracia, la gente del Uruguay de otros tiempos está viciada de timidez y hosquedad. Porque se han quedado aquí.

—La fórmula de la fuga sería pues, santo remedio contra la timidez y la hosquedad.

—No. Tendría que ser una fuga definitiva, como la mía. Y eso implica no uno, sino varios terribles desgarramientos. Hay que echar raíces en otros lados; hablar y escribir y hasta pensar y sentir en otros idiomas.

—El turismo no alcanza.

—El mundo de los hoteles internacionales no tiene olor, color ni sabor. El viajero contempla la vida de las ciudades europeas como si todo fuera una simple música de acompañamiento a las catedrales y las obras de arte. Pero en realidad es al revés; las catedrales y las obras de arte son parte del aire que uno respira. La cultura se da como un hecho cierto. Para penetrar el secreto de lo que tantos siglos de civilización dejan en la sangre de los habitantes del viejo continente, es preciso convivir con ellos, trabajar a su lado codo con codo, viajar con ellos en el metro. Así uno conoce la sabiduría profunda de los analfabetos de Italia y España; lo contrario de lo que les sucede a los uruguayos, muy alfabetos, informadísimos de cuando sucede en el mundo, pero incapaces de comprender la sabiduría.

—¿La sabiduría?

—Sí; la acumulación en la sangre de toda la experiencia de siglos. La cultura que se hereda; fortunas que se pierden y se recuperan, muertes y nacimientos, guerras. Está en todos los seres y también en el polvo del aire.

—Una especie de seguro de vida, en ese caso: Europa eternamente sabia, a salvo de la crisis. Pero más bien sucede lo contrario.

—Europa está también en crisis, cómo no, todo el mundo de nuestro tiempo está en crisis. Pero es por la incapacidad de reconocer el siglo en que se vive. Si Europa le reconociera, se moriría de horror. Todas las novedades que la ciencia ha introducido en el campo del conocimiento humano, aún no podemos concebirlas, no, en absoluto. Einstein fue el único científico que tuvo, él sí, un deslumbramiento vital del mundo en que vivimos. Pero mucho del temor del mundo actual se debe a la sensación de que no estamos donde estamos, la sensación de que hay una puerta para abrir y no se cuenta con la llave. De ahí que haya un desesperado movimiento de la ciencia actual que busca integrarse a la religión.

## **El interminable siglo XIX**

—¿La norteamericanización de Europa? ¿El americano way of life en Alemania, en Francia, en Inglaterra? Pero no, hombre. Eso es cierto solo en un plano superficial. Europa vive, como le digo, pensando en términos del siglo XIX; por eso es el único centro cultural todavía activo. La gente no tiene que leer tantas cosas como los uruguayos; las vive; allí están las catedrales, al alcance de la mano. Cierzo que hay una preocupación por cambiar el coche todos los años, cosa inconcebible siete años atrás; quizá se deba al proceso de expansión industrial que Europa está viviendo con tanta fuerza. Pero hay tanto más en el trasfondo; es como una monja

carmelita vestida con un modelo de Dior. Seguiría siendo, seguramente, tan espiritual como antes, pero aún más encantadora. Además el afán de vestir bien y seguir la moda al día, ha hecho que la gente se preocupe más por la higiene y no me va a negar que sin duda alguna es mejor bañarse que no bañarse.

—No, claro, no se lo voy a negar.

—Europa vive, y de qué manera. La juventud francesa, a la cual yo interrogué en el 44 como periodista, no despegó los labios para contestar a ninguna pregunta. Hoy sí, son los jóvenes, ellos mismos quienes inician las conversaciones. ¡Eso me parece tan estimulante! En mis últimos viajes he quedado sorprendido de lo seria que es la juventud en Alemania, Bélgica y Francia; seria y profunda. Los franceses más viejos sienten venir la catástrofe, ellos sí, pero yo solo veo que eso les ha puesto de mejor humor que antes.

—Sin embargo, el cine, las noticias de los diarios y otros testimonios que se han recibido aquí, indicarían que los jóvenes están en trance de ruptura con la sociedad de sus mayores, con ese mundo tan como es debido que usted dice.

—Los jóvenes están en trance de ruptura siempre, y en todos los países. La diferencia está en que los jóvenes de hoy surgen en un mundo que no les garantiza que seguirá girando sobre su eje de aquí a quince días. Por eso yo justifico a los delincuentes. Tantas veces ha sucedido: un estudiante muy sericito, 17 años, con cara de beato, un buen día viola a una señora honesta y como le molestan los berridos del chiquillo de la señora honesta, lo degüella. ¡Tantos jóvenes de nuestros días son capaces de acometer las peores aberraciones sexuales! Pero si no encuentran otra salida para la angustia que los lleva al crimen, la culpa no es de ellos.

### **Alalá l'amour**

—París es una ciudad fascinadora. Fascinadora, no fascinante, como dicen ahora aquí. La ciudad del amor, no hay más que leer todas las loas a París en el último siglo y medio. El amor es el eje de la vida francesa, al revés del Uruguay, donde el amor se considera una culpa o pecadillo. Allá usted llega a una pensión y le preguntan: “¿Cómo? ¿Solo? ¿No tiene una chica, o chico, que lo acompañe?”. En los restaurantes a las parejas se les sirve con verdadera delectación y complicidad. A los hombres solos, con respeto. No es porque yo sea un funcionario internacional, pero creo que para hablar de un país hay que decir lo peor y lo mejor. Cuando se integran España y Francia en un escritor como Camus, uno se da cuenta de cuáles son las virtudes y cuáles los defectos de la raza; Camus ha sido una de las personas más maravillosas que ha habido en el mundo en los últimos veinticinco años. Él empezó su carrera de escritor como “hombre revolté”,



escribiendo literatura existencialista, pero ese no era su verdadero ser: se descubrió a sí mismo recién ocho o nueve años antes de morir. Pese a que los uruguayos siempre vivimos muy ocupados copiando todo de los franceses somos en realidad españolísimos en los defectos. La envidia, el rencor, la pasión incontrolable para juzgar a la gente, pero no somos españolísimos en la compasión, que es la forma más aguda de la religiosidad. El uruguayo es severísimo con los demás, incapaz de perdón. No bien se produce la primera quiebra de amistad y de admiración (porque uno siempre quiere a quien admira), todo se acabó; el juguete se rompió, no sirve más. Eso nos pasó por vivir en un plano absolutamente intelectual, o afectivo, pero sobre un presupuesto de cosas buenas. Lo ve usted en la rapidez con que se olvida a los muertos, se entierran con poca o mucha pompas y se terminó. Y a los vivos, cuando se han ido, también se los olvida. Me refiero a Reyles y a Figari, por ejemplo, que a su regreso encontraron un horrible vacío de afectos. El vacío frente a Despouey no existe porque él no ha amenazado nunca con quedarse definitivamente.

### ¿Cómo el Uruguay no hay?

—Cuando se habla de una persona en una reunión de amigos, en París, se habla bien; se dicen sus cosas buenas, los demás se oculta. Los franceses y los europeos en general no exigen perfección a los seres humanos. Los uruguayos sí, y yo lo atribuyo al miedo de vivir, producto del espíritu de pueblo, de aldea, de ciudad chica y europeizante, que quiere y no puede. Aquí veo a los mejores hombres muy embotellados, aislados, cada cual se las arregla para perder, a su manera, contacto con la realidad. Todos actúan con un terror pánico a la opinión pública, al comentario de los demás. En las grandes ciudades eso no sucede. Mire. En Nueva York yo he conocido muchas chicas que se habían ido de sus casas, chicas de Wisconsin, por ejemplo, que llegaban de Ohio a Nueva York en busca de libertad. Vivían en hoteles, o en apartamentos, con quien se les antojaba; la gran ciudad deja un amplio margen para la libertad; un desahogo frente a la vida opresiva de las aldeas y los pueblos. Todo eso se ve también aquí, en Montevideo, y se refleja en el mundo intelectual. Nadie se siente capaz de conocer a nadie sin encasillarlo, es un vicio contra la vida, como clavar una mariposa contra la pared y matarla. ¿Fulano es fidelista, Mengano no lo es? Yo me pregunto, qué importa. Combustible para el odio, ni más ni menos. En ninguna ciudad he visto tan desarrollado el odio entre los grupos; dos personas pueden considerarse enemigas por el simple hecho de que se sientan en distintas mesas en el café. Después de quince años de recíproco aburrimiento, un buen día esas dos personas se encuentran en un cumpleaños, se ponen a charlar, y descubren, sorprendentemente, que son almas afines.



No podía pasar una hora u hora y media sin que un reportaje se transformara en encendida discusión. Despouey es, por naturaleza, un hombre polémico, y polémicas resultan, en consecuencia, todas sus afirmaciones. Cuando toca el tema político, delata, sin querer, ciertos prejuicios aristocratizantes que de alguna manera explican y justifican el destierro en que vive. Despouey, que puede darse el lujo de la retórica sin que resulte molesta, es uno de los extranjeros de más vigorosa personalidad que han pasado por el Uruguay en los últimos años. Nacido en Montevideo, por error o por casualidad, él pertenece en cuerpo y alma a una realidad completamente distinta; su definitiva permanencia en Europa no es tanto una actitud de protesta ante la mediocridad que priva en estas playas, como un legítimo encuentro con el medio que mejor se adapta a su condición humana. Por eso se equivoca feo al hablar de América Latina o de historia patria; su gran lección consiste, precisamente, en demostrar que las ideas no importan tanto como la capacidad de vivir de cada cual. Darse por entero, perder el miedo; como él exige, sí, severamente, a sus amigos, los intelectuales.

*Marcha*, N.º 1089, 22 de diciembre de 1961.

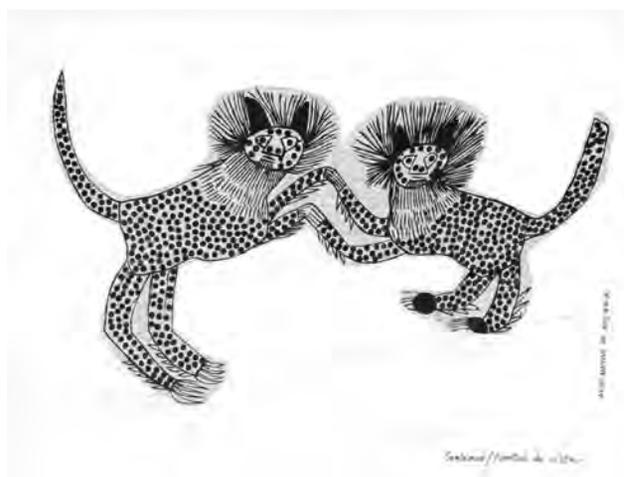


Ilustración para artículo periodístico. Archivo *Brecha*.